

LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL **LAS PARTES DEL TODO**

Si la sociedad española se expresara, ¿cuáles serían sus articulaciones reales? ¿Qué grupos, partidos o, si se prefiere, fracciones, partes políticas dividirían su conjunto? Advirtase que estas divisiones no significan forzosamente separación, escisión; esto sólo ocurre en situaciones de discordia; cuando la concordia existe, las divisiones de un país son «división del trabajo», articulación de distintas funciones, en suma, organización. Nunca he comprendido cómo un intelectual puede identificarse con un partido político; podrá sentir simpatía por él, pensar que conviene al país su predominio; pero, si es intelectual, no puede menos de ver que es esencial que coexista y conviva con los demás, que haya, además de él, otras cosas, otras propuestas y soluciones, otras formas de humanidad. Al intelectual le complace todo lo que es real, todo lo que es verdadero, y lo único ante lo cual siente hostilidad es la suplantación, la falsificación.

La división radical que yo haría entre los grupos políticos de un país, por ejemplo el nuestro, es la existente entre los que admiten la existencia de los demás y quieren vivir con ellos, y aquellos otros que quieren ser únicos y excluyen —al menos de la vida política, si no de la vida sin más— a todos los que pretenden ser diferentes. Estos últimos grupos, que niegan lo que se llama el «pluralismo», no es que sean «intolerantes», es que son falsificadores, ya que la realidad es plural. Con esto quiero decir que el pluralismo no es sinónimo de blandenguería y espíritu de componenda, sino que las fracciones políticas pueden y deben luchar —civilizadamente, políticamente—, y esa es precisamente su forma de convivir.

La misión de cada grupo político es hacer ciertas propuestas al país, presentarle ciertos caminos de vida histórica, modelos de convivencia política, proyectos que sean expresión de los deseos más o menos oscuros que laten en los individuos y en las grandes articulaciones no estrictamente políticas de la sociedad: regiones, estratos sociales, profesiones, generaciones, formas urbanas o rurales.

Se pensará que la gran división política es la que existe entre las «derechas» y las «izquierdas». Mis reservas son innumerables. La exacerbación de esta distinción fue sin duda la que condujo a la guerra civil; pero ésta fue consecuencia, claro es, de haber planteado mal el problema (cuando los problemas políticos se plantean bien, nunca conducen a la discordia, aunque sean verdaderos problemas, y en este sentido puede decirse que los países sufren los desastres que se merecen). Hay que advertir que estas expresiones, procedentes de los lugares en que se sentaban los partidos políticos en los parlamentos democráticos, desde la Revolución Francesa, y que nunca han querido decir nada demasiado claro, han experimentado una transformación se-

mántica importante en los últimos diez o quince años: actualmente se entiende por «izquierda» la posición política comunista o afin al comunismo, y nada más; y se tiende a llamar «derecha» al resto; cuando esto resulta demasiado absurdo, se dice que se trata del «centro», dando por supuesto que estas posiciones están «entre» la derecha y la izquierda, lo que es mucho suponer. Este uso reciente, que es más bien abuso, y que contradice lo que se ha dicho durante siglo y medio, está haciendo inutilizables ambas palabras.

Yo creo que «derecha» e «izquierda», aún siendo denominaciones externas y bastante estúpidas, encierran un núcleo significativo eficaz, al cual deben su larga vigencia. La fuerza de la «derecha», su justificación histórica, es su sentido «conservador» en virtud del cual considera que lo que existe, existe por algo y tiene, por lo menos, viabilidad; no está dispuesta a lanzarlo todo por la borda al menor motivo; y si hace reformas, es partiendo de un torso político-social que no se pone en cuestión. Pero al lado de esto hay el otro lado, que he presentado en mi reciente libro «Literatura y generaciones» (Austral, 1975); prefiero citar mis propias palabras:

«Creo que Zorrilla pudo crear a este último y genial personaje (el Comendador) porque tuvo la experiencia de su padre, magistrado absolutista con quien nunca se entendió, pero a quien respetó, temió y quiso considerablemente. Zorrilla había hecho a fondo la experiencia del «hombre de derechas» en toda su plenitud y esplendor, sin componendas ni compromisos. Un hombre con no pocas cualidades y méritos, no exento de virtudes, pero de una feroz insolidaridad. El Comendador es el hombre de derechas químicamente puro. Cuando Don Juan le pide que lo perdone y lo acepte como esposo de Doña Inés, ofreciéndole todas las pruebas, garantías y sacrificios, Don Gonzalo no quiere escuchar nada; cuando Don Juan se muestra arrepentido y deseoso de enmendarse, no lo cree; y cuando le advierte que con ello va a perder hasta la esperanza de su salvación, el Comendador responde estos dos versos, de los más feroces, más implacables, más pétreos que se hayan escrito en castellano:

¿Y qué tengo yo, Don Juan, con tu salvación que ver?

«¿Qué tengo yo que ver con tu hambre? ¿Qué tengo yo que ver con tu libertad? ¿Qué tengo yo que ver con tus inquietudes? ¿Qué tengo yo que ver con tus dudas, con tus afanes, con tus dificultades?»

En cuanto a la «izquierda», su motor positivo es, por el contrario, la conciencia de «solidaridad»; el hombre de izquierda siente que todo le afecta, que todo «va con él», que tiene que remediarlo y arreglarlo, principalmente lo que se refiere a los

oprimidos o desposeídos; es un impulso de generosidad e intervención, y por eso de proselitismo. El lado negativo de esa actitud es su frecuente utopismo, la predilección por el lejano más que por el próximo —el prójimo—, la irresponsabilidad, la afición al cambio por sí mismo, sin estar seguro de que sea para mejor, la propensión a destruir la casa para edificarla de nuevo.

Pero si esto es así —y creo que este es el torso de significación de estas palabras a lo largo de siglo y medio de historia—, se ve hasta qué punto es equívoco haber considerado «derechas» a los movimientos fascista y nacionalsocialista, qué confunde es llamar «izquierdista» al comunismo, que apela a los sentimientos izquierdistas para ganar partidarios, pero está en los antipodas de esa actitud cuando se realiza y alcanza el poder, y prohíbe absolutamente todo lo que en la oposición entusiasma a sus adeptos: crítica, discrepancia, huelgas, experimentos, ensayos heterodoxos, discusión, sátira, conspiración, salirse de los raíles.

¿Existen, pues, «derechas» e «izquierdas» en España? Sí, pero no son en rigor los grupos políticos que podrían dar origen a las articulaciones reales del país; son dos templos, dos estados de ánimo, con los cuales hay que contar, que deben existir, que deben aprender a convivir. El Régimen actual no ha sido nunca propiamente «totalitario»: era demasiado derechista para ello, y sin duda demasiado español. Allí por el año 40 circulaba un dicho de un jerarca falangista: «Es un Estado totalitario temperado por la inobservancia».

El único intento serio fue el de un «totalitarismo eclesiástico» —la intervención en todos los estratos de la vida, en nombre de la religión pero políticamente—. Ahora bien, como se trataba de la religión cristiana, la cosa no pudo prosperar, ya que un «totalitarismo cristiano» es una contradicción en los términos, pues el cristianismo es la afirmación más radical de la libertad personal que se haya hecho. Además, Roma nunca lo toleró del todo, y no digamos después del Concilio; por eso no es de extrañar que los impulsos totalitarios de parte de los eclesiásticos españoles se hayan orientado hacia climas políticos afines.

Resulta que España excede de todas sus divisiones, porque ya en lo biológico, no digamos en lo humano, el todo es siempre mayor que sus partes. Y ahora habría que preguntarse por su articulación real, por la organización latente que un día podría manifestarse en una política verdadera, digna del último cuarto del siglo en que estamos viviendo.

Julián MARIAS

LA INTELIGENCIA **UNA UTOPIA QUE LO ES MAS**

ALGUIEN ha observado que, entre tantas y tan variadas «utopías» como los intelectuales y los políticos se han sacado del magín, no hay una sola cuyas perspectivas impliquen hacer «inteligentes» a todos los hombres. Ignoro si la afirmación es exacta. Personalmente diré, sin embargo, que, en la medida en que conozco esta rama de la literatura, nunca he tropezado con una pieza de tales características. Las «utopías» proponen tipos de sociedad en los cuales la gente, a consecuencia de una organización perfecta de sus relaciones, sería más «buena», más «sana», e incluso más «feliz». De hecho, los proyectos en cuestión son considerados precisamente «utopías» porque no se contentan con un «más», al fin y al cabo relativo, sino que auguran la realización de «ser bueno», «sano» o «feliz», en términos absolutos y para la totalidad de los individuos. Frente al panorama inmediato, de injusticias, hambres, iras, dolores, ignominias de cualquier especie, la alternativa «utópica» sugiere una estampa casi idílica: un futuro donde cada mal halla su remedio, o, cuando la fantasía del autor alcanza las máximas cotas, donde ni siquiera existirá el mal. Pero, insisto, ningún «utopista» que se sepa, hasta ahora, ha anunciado o prometido, en su programa, el resultado de una humanidad «inteligente».

Bien mirado, se trata siempre de «arreglar» los desarreglos naturales o sociales: los sociales, sobre todo. Las «utopías» parten de una evidencia que nadie discute: el mundo en que vivimos es literalmente un desastre. Y no importa cuál «mundo»: Platón pensaba en el suyo, Campanella o santo Tomás Moro en el que les tocó en suerte, y así los demás. Por lo general, atienden a un replanteo de las formas de convivencia, empezando por los problemas del poder, del trabajo —de la producción, más bien—, de la salud. Y las soluciones ofrecidas tienden a ser, poco o mucho, «socializantes». No es por ganas de fastidiar que un sector del socialismo premarxista no ha sido calificado de «utópico». Ni ha de sorprendernos que la acusación se haya esgrimido contra el propio Marx. Una sociedad que intente racionalizar sus recursos, su comportamiento diario, sus desequilibrios internos, tendrá que ir

por el camino «socialista». A veces, el diseño es literalmente espartano. Las «utopías» anteriores a la llamada Segunda Revolución Industrial —yo ya estamos en la Tercera— se limitaban a unos reajustes planificados, con una propensión inevitable a la austeridad. El individuo se sometía a un encuadre riguroso, y para que la colectividad funcionase, tenía que sacrificar caprichos, veleidades, placeres. La mayoría de las «utopías» dan una imagen bastante aburrida de la vida.

Sólo que los fabricantes de modelos utópicos no acostumbraron a tomar en cuenta este pequeño detalle. Para ellos, lo único positivo era el resultado final «racionalizado», que comportaría enseguida las ventajas automáticas de la satisfacción ética y física. Luego vino todo eso de la «industria», de la «tecnología», de la «ciencia»: del «progreso». Sus ideólogos, por una desviación chocante, o no tan chocante, terminaron al servicio del neocapitalismo emergente: con sus gotas de «utopía» en última instancia. Era la «utopía divertida». Que coincide con las ilusiones de la «sociedad de consumo». «Crisis» aparte: ocurrirá lo que ocurra, y ya lo verá quien lo vea. Pero las gráciles promesas que el «progreso» brindaba permitieron la brillante «anti-utopía» de Aldous Huxley en «Brave new world». En el fondo, la clásica corriente utópica de reajustes sociales se ampliaba con el beneficio de las máquinas infalibles, de los fármacos, de la codificación sistemática de la biología. El papel de Huxley ha sido traducido con un título precioso: «Un mundo feliz». La «felicidad» podría lograrse con la simple ingestión de unas grageas. Eso no es improbable. La «droga de la felicidad», por otro lado, no tendría que ser imprescindiblemente farmacéutica...

Pero volvamos al principio. Las «utopías» explícitas o inconscientes, viejas o nuevas, producirían, sin duda, hombres «buenos», «sanos», «feliciter». Un residuo de suspicacia podría alegar que, a pesar de todo, subsistirían las «desigualdades» naturales. A uno le han partido atleta o jorobado, guapo o feo, alto o bajito, propenso a la obesidad o a la flacura, con una nariz excesiva o quizá con una nariz defectiva: son cosas

que pasan. Y son accidentes que influyen escandalosamente en los trámites regulares de cada vecino: cuando pretende hacer el amor, cuando aspira a ser un «cuadro» dinámico, cuando desea una victoria deportiva entre amigos. Y no digamos las señoras y las señoritas: mientras no consigan eludir su condición de «mujer-objeto», ellas dependen de su perfil, de su pelo, de la línea de sus muslos. Estas dificultades, con todo, pueden corregirse. Los médicos se encargarán de hacerlo, a la larga. Lo hacen: con cirugías —estéticas o no—, con dietas, con clínicas de recuperación... En los países de economía «avanzada», y entre las «clases elevadas» de los otros, se obtienen afables saldos de «belleza». Eso se ve en las playas, cada verano, multitudinariamente. Hasta las personas ancianas se presentan con cierta dignidad corporal. En cuanto a lo otro, la profusión de psiquiatras, en todas partes, colabora a descartar «complejos», sinceros o falsos, pero incómodos. Todo ello constituye una «vía» hacia la «bondad», la «salud» y la «felicidad». Que es lo más parecido a una vaca estabulada, calculadamente muñida y con la alimentación dispuesta. Las «utopías», sin quererlo —¡y tanto!— suelen desembocar en el esquema grotesco de una vaca bondadosa, saludable y feliz. ¿La «inteligencia»?

Convenría aclarar qué es la «inteligencia». Aldous Huxley, en su novela, lo traducía así: un salvaje que había leído las obras completas de Shakespeare. Descartemos su truco. ¿Qué, pues? ¿Una aleatoria chamba genética, reflejada en la «sustancia gris» del protagonista? ¿Una «educación»? No lo sé... Desde el ángulo de las «utopías», el resorte sería alfabetizar a las muchachumbres, aumentar la caída de las aulas, fomentar las ediciones baratas. Pero eso es «cultura», y no «inteligencia». Una «utopía» en la cual todos seamos «cultos» no deja de ser una hipótesis anfractuosa. Me abstengo de opinar, aquí, sobre las demagogías en circulación, de derechas y de izquierdas. El asunto es complicado. Yo pienso que hacer Mozart obligatorio —y quien dice Mozart dice el dodecafonismo y el serial de punta— sería una operación docente objetivamente lógica, pero abusiva en la práctica... Y ni

siquiera la opción de Mozart, de Picasso, de Brecht, sería «inteligencia». O sí. Habría que valorarlo. Y habría que dilucidar lo que es esa dichosa «inteligencia». ¿Un privilegio nativo? Ello supondría otros privilegios posteriores, impertérritos: en el poder o en la oposición. De esa posibilidad surge la poesía lírica, la física nuclear, una escultura, un diagnóstico válido, un pentagrama impotente. En una medida considerable, la «inteligencia» es «cultura». Pero el resto... El resto es «materia» —materia orgánica—, y ahí hay un «materialismo» (¿dialéctico?) a desarrollar. La «utopía» tiene este freno, de momento.

¿Y no será que ese ejercicio psicossomático que denominamos «inteligencia» es, por definición, «extra-utópico»? Las «utopías» emanan, desde luego, de personajes notoriamente inteligentes. Pero un «utópico» acostumbra a ser un enfermo del sistema nervioso: Platón estaba como una cabra, Campanella fue un fraile probablemente epiléptico, Moro era un prelado dispuesto al martirio, y la lista podría prolongarse con citas más recientes. La «utopía» surge de un raptó «racionalista» —raptó o rapsodia— a ultranza: la pescadilla que se muerde la cola. Olvida la «historia», en principio. La «historia» —la «vida» con sus embrollos— es el reto. Y aquí empieza el drama. Otra perplejidad se abre ante la circunstancia de la «inteligencia» convertida en acción crítica. Porque todas las «utopías» son dogmáticas, como dogmática es —si algo es— la «felicidad»... Y una «inteligencia» automáticamente «crítica» minará cualquier énfasis «utópico»... Una utopía que admitiese la «inteligencia» como ingrediente, o como finalidad, sería una aberración. Mientras no se demuestre lo contrario, cualquier rasgo «inteligente» es un gusano demoleedor. Las «utopías» son constructivas y constructoras: sociales, socialoides, socialistas. La «inteligencia» es un quiste, o un cáncer... No es «utópica». Aunque, en definitiva, la única utopía imaginable sería la animada por seres muy inteligentes. Ya sé que esto es rizar el rizo. Pero...

Joan FUSTER

REFORMES I DECORACIO DE PISOS, BANYS, CUINES.

mobles cuina a preu de fabrica maxima rapida

pressupost i projectes en el acte

STYL NOU

TEL. 259 0156

C. BERLIN, 77



Madame Dolly

OFRECE SU PROPIA AGENCIA MATRIMONIAL PARA ATENDER TODAVIA MEJOR.

A sus amigos, conocidos y público en general. Consultas serias y solventes.

OFICINA UNICA EN C/ BALMES, 16, principal (cerca Rda. Universidad)

HORARIO: LABORABLES de 9 a 1 y de 4 a 9 DOMINGOS Y FESTIVOS de 9 a 1 y de 4 a 7

MADAME DOLLY NO TIENE SUCURSALES